



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

6

Conclusiones

6.1 Ocio y tiempo libre en los niños

Prácticamente todos los niños españoles ven la TV con asiduidad casi diaria. Menos del 1 % confiesa que no la ve. Es pues el factor fundamental y posiblemente el que más influye en sus niveles informativos, en sus estimaciones y en su comportamiento. La mayor parte de los programas no van destinados a ellos. Lo que perciben a través del medio es una confusa mezcla de modelos, valores y antivalores de la generación adulta.

Le sigue en importancia la *lectura*, especialmente los comics, y oír la música, todo ello en proporciones muy elevadas que superan los 4/5 de la población. En cambio la participación activa en la expresión musical (coros, orquestinas, tocar un instrumento, ...) y en otras manifestaciones culturales, tienen un carácter minoritario.

El juego es la actividad favorita para 9 de cada 10 niños, a pesar de la limitación de los espacios disponibles. Esta limitación determina que sólo una pequeña proporción (1/6) pueda jugar todos los días como desea. Confiesan que les importa más el juego que el resultado y prefieren jugar con sus amigos a ver su programa favorito en la TV aunque luego la realidad no les de oportunidad de cumplir sus deseos. La escuela no es un lugar destinado al juego, sin embargo en horario extra-académico es el espacio privilegiado donde pueden entregarse a su ocupación favorita: jugar con los compañeros que es uno de los momentos capitales de su incipiente socialización.

Los niños están especialmente dispuestos para la vivencia de lo estético, la creación y las manifestaciones culturales, pero precisan de tiempos y espacios adecuados, también de ofertas culturales especialmente dirigidas a ellos que les permitan el acceso a las múltiples experiencias culturales, experiencias que les permitan reelaborar la cultura y de una educación estética que genere actividades y facilite el acceso a cánones precisos y adecuados que permitan continuar los hábitos culturales en la edad adulta.

6.2 El niño y la familia

La conclusión general que se obtiene, es que las relaciones familiares, desde la óptica del niño, son buenas frente a una opinión generalizada de que el niño es un ser exigente, insolidario, etc. Es un tópico que el niño lo pide todo sin dar nada a cambio, que estamos educando para el egoísmo y no para la participación y la generosidad y que le sumimos en un mundo materialista, donde el afán de poseer, de gozar y de consumir, están por encima del esfuerzo, la cooperación y el reconocimiento de los valores personales. Sin embargo, los datos obtenidos desmienten cada una de estas hipótesis.

Recordemos, en una apretada enumeración de las opciones que tienen una altísima valoración:

Ellos aseguran que la familia les ayuda, que los padres les tratan satisfactoriamente, que cuando las cosas van mal, están a su lado y que cuando hacen algo bien, no pasa desapercibido sino que los padres lo notan y están satisfechos. Les importa mucho ver triste a alguno de sus padres y sobre todo que jueguen y hablen con ellos. En la familia se puede confiar y ya de un modo más concreto, cuando expresan una opinión, sus padres la respetan aun en el caso de contradiga las suyas. Reconocen que cuando les castigan, la mayor parte de las ocasiones lo hacen con justicia. Conceden mucha importancia a tener hermanos y aseguran que los padres son justos con todos los hermanos.

En cuanto se refiere a su valoración del mundo económico, hay un rechazo generalizado a las afirmaciones de que el dinero es lo más importante del mundo, que la felicidad sin dinero es un sueño tonto, o que los ricos lo consiguen todo, con unas mayorías no tan aplastantes como en el caso de la valoración positiva de los padres, pero que superan los 2/3. Valoran sobre todo el afecto y la relación familiar. Desean que sus padres les dediquen su atención, que hablen y jueguen con ellos. Quizás están pidiendo a los mayores que compartan con ellos más su tiempo, muchas veces sobrecargado por las ocupaciones diarias.

En cuanto a las diferencias por razón de *edad* se manifiesta, como es lógico, a través de los datos obtenidos, un progresivo anhelo de independencia, con diferencias estadísticamente significativas entre los menores y los mayores de 10 años. El colegio y los nuevos espacios que se descubren en las excursiones son horizontes vírgenes que dilatan su espacio vital.

Esta progresiva independencia reclama que les preparemos para un ámbito creciente de libertad. La primera exigencia psicopedagógica, en respuesta a esa naciente autoafirmación, es la de integrar los nuevos espacios y los grupos de amigos en los planes familiares, respondiendo a una demanda insoslayable a la que tenemos que servir. Hemos de abrir la casa a los amigos, con su presencia ruidosa y sus actitudes y comportamientos que a veces no nos gustan. Tenemos que llevarlos en nuestras salidas del hogar y en nuestras excursiones, para que conquisten con nosotros —y no frente a nosotros— un orbe incitante y sin peligros en el que se han de realizar.

Su percepción de los *roles masculino y femenino* es sin duda moderno, actual, futurizante. Rechazan la idea de que las mujeres no deben trabajar —se entiende en trabajos retribuidos fuera de casa— o que los hombres no deben cocinar. Y se oponen a que las madres deben recoger los juguetes después de jugar los niños, haciendo una tarea que sólo a ellos corresponde.

Por supuesto hay diferencias innegables: las niñas prefieren elegir sus vestidos, son más afectivas, maduran antes y tienen una aguda sensibilidad para las relaciones personales.

Hay una patente aproximación de los roles masculinos y femeninos que hay que conjugar con la idiosincrasia de cada cual.

En cuanto a su *participación en las tareas familiares*, si no con cifras tan espectaculares como las anteriores, pero mayoritariamente, afirman que les gusta ayudar en las tareas de casa y prefieren comentar las incidencias del día durante la comida y la cena, a ver la televisión, si bien en esta cuestión los valores se aproximan, y de hecho la televisión ejerce un imperio más allá de lo deseable.

6.3 *El niño ante el estudio*

Los niños valoran positivamente el colegio, en el que se encuentran aproximadamente tan a gusto como en casa, porque en él se pueden hacer muy buenos amigos y estiman, así mismo, que en la clase se puede trabajar bien.

¿Qué valor dan los niños al estudio? Las valoraciones obtenidas son muy altas, en primer lugar destacando como estimación máxima, casi en su límite absoluto, el de sacar buenas notas (bien porque es importante «para mí», bien porque constituye una obligación). En segundo lugar valoran más estudiar para saber que estudiar para ser importante en la vida. Valoran muy positivamente trabajar en clase y creen que cuando no se entiende algo debe preguntarse siempre. Entienden que quien triunfa en la vida es porque ha trabajado duro lo que afecta a su valoración del estudio como una forma de preparación para el trabajo.

El mundo normativo «de los mayores» y de la escuela, en concreto, se acepta sin especiales dificultades por los niños quienes parecen estimar favorablemente los refuerzos positivos de padres y profesores respecto de su buen comportamiento.

Los niños no aceptan que el fin «justifique» el uso de cualesquiera medios, rechazando la agresividad y el empleo de la fuerza física.

Es muy importante para los niños que su propio *comportamiento* en clase sea bueno en sí mismo, lo que denota una *valoración autónoma* y también, pero en menor medida, que el profesor no se enfade por su conducta o pueda expresar su preferencia por los que obran correctamente.

Se advierte con claridad la existencia de dos tipos, relacionados entre sí, de valores. Primariamente, un conglomerado de valores caracterizados por su proyección *en ayudar a los demás* y al logro de causas justas, lo que se manifiesta también por su proclividad a la *cooperación*, al trabajo en grupo y en menor medida, a otras formas de participación en la clase. Los niños valoran muy positivamente que sus *profesores* sean simpáticos, accesibles y que *les motiven* a estudiar más.

Estiman los niños que *es muy importante para sus padres que los hijos obtengan buenas calificaciones*, aunque esta percepción es algo inferior a la de la autovaloración respecto de la importancia que los alumnos dan a sus notas. Los padres tienden, con alguna frecuencia, a reforzar el logro de estas buenas calificaciones obsequiándoles con regalos.

Existen algunas *diferencias entre niños y niñas* respecto de algunos valores específicos. Así, aquellos muestran una valoración más positiva que las niñas respecto del mundo escolar y tienden a expresar una mayor estima respecto del estudio en relación con llegar a conocer muchas cosas y con aprobar (esto última choca de alguna manera con la evidencia investigadora de que las niñas tienden en general a obtener mayores calificaciones).

Por otra parte, las niñas son más sensibles que sus compañeros a la existencia de normas en la escuela y se muestran más proclives a conseguir sus propósitos «a costa de lo que sea» (lo que puede interpretarse como que son más perseverantes en sus esfuerzos). Finalmente, los niños se muestran mejor dispuestos que las niñas al desarrollo de los valores cooperativos, entre tanto que éstas estiman en mayor medida la capacidad comunicativa y de simpatía de los profesores.

Siguiendo una ley casi general, *las diferencias intersexuales tienden a desaparecer* o, cuando menos, *a atenuarse* significativamente con la edad. Respecto de este criterio cronológico, las valoraciones dadas por niños y niñas confirman lo que las investigaciones sobre el desarrollo de la conciencia y del comportamiento morales (estudios de PIAGET, KOHLBERG, etc.) han puesto de manifiesto en las últimas décadas: que a partir de los diezocho años, y hasta los límites de edad, de 14 a 15 años, examinados aquí, *la conciencia moral es algo más autónoma* y autoconfigurada, que depende menos de las recompensas exteriores y que se confirman los valores ligados a la justicia, al diálogo y al trabajo cooperativos, entre otros.

Como conclusión más generalizable, puede establecerse que el espacio escolar es un mundo de valores para los niños, tanto por lo que refiere al continuo estudiar-conocer-saber-obtener buenas calificaciones, como al eje de los valores de justicia, cooperación y comunicación interpersonal. La existencia de porcentajes, «normales» en toda distribución estadística, mínimos, pero consistentes, de niños que no se muestran suficientemente motivados y bien dispuestos o experimentados respecto de algunos valores específicos, prueba la necesidad de desarrollar programas de acción pedagógica para incrementar la competencia profesional de los educadores.

6.4 *Los amigos y el grupo de iguales*

Los niños dan una enorme importancia a la interacción con sus compañeros (4/5) y desean tener a alguien a quien considerar su mejor amigo. A pesar del instinto de competir y el de luchar, confiesan que prefieren hablar antes que pelearse para solucionar sus problemas e incluso compartir los juguetes con sus amigos, si bien aquí ya baja la proporción hasta los 2/3. Dan la máxima importancia a tener alguien a quien considerar su mejor amigo. Pero no están satisfechos con la cantidad de amigos que cuentan y manifiestan su deseo de conocer otros nuevos amigos. Una vez más el deseo no se adecúa a la realidad.

En conjunto las notas más significativas que definen el concepto de amistad de los niños espa-

ños son: solidaridad, respeto, falta de egoísmo, comprensión y fidelidad.

En cuanto al juego y a la interacción entre iguales, diversos planteamientos teóricos coinciden en señalar el papel que estos juegan en la aprehensión de la realidad y en el desarrollo de las habilidades de tipo moral, tan necesarias para el desarrollo de una democracia real. Es urgente y preciso proporcionar a los niños espacios y tiempos de juego e interacción entre iguales.

El amigo ejerce una influencia decisiva en la vida del niño. Si comprendemos la subcultura del grupo, entenderemos el porqué de gran parte de su conducta. Por ello aunque el amigo se elige y no se impone, conviene colocarle en circunstancias precisas para que los iguales con quienes comparte su tiempo libre contribuyan a una educación espontánea, sin la cual la institucional, familiar o de la escuela no será posible.

6.5 Valores y estilos sociales

Enumeramos los valores en orden decreciente que han tenido más alta aceptación: saber, alto rendimiento escolar, obediencia, buenos modales, colaboración, solidaridad, orden, autonomía, desarrollo físico y deportivo, espíritu de ahorro, economía, higiene, cuidado personal, respeto y cuidado de la naturaleza y la deportividad, valores todos que se ordenan en la franja entre el 93 y el 88 %, es decir, que definen las estimaciones abrumadoramente mayoritarias de nuestros niños.

Otros valores también mayoritarios que se sitúan próximos a los 2/3 son la fidelidad, la generosidad, el altruismo, la independencia, los buenos modales y la responsabilidad.

Resulta alentador, que en las agrupaciones de niños, los que manifiestan preferencias antisociales no representen más allá del 5 %. Es más alentador todavía que los grupos mayoritarios presenten rasgos de conductas y valores claramente pro-sociales sin los cuales hay pocas posibilidades de lograr una auténtica maduración personal y una integración y participación activa en el desarrollo social y moral, a nivel individual y de contribución real a la mejora social.

6.6 Consideración final

A pesar de cuanto apuntan los tópicos cotidianos y las preferencias que nuestros niños nos han dado a conocer dibujan un panorama más esperanzador de lo previsto.

Surgen inevitables interrogantes: ¿Hasta qué punto estas respuestas reflejan los valores propios, vividos por ellos, o más bien son eco y reflejo de lo que les inculcamos en la escuela y en la familia? ¿En qué medida sus opiniones revelan valoraciones profundas en las que comprometerán sus vidas?

Resulta difícil responder a estas cuestiones en un momento en que están forjando su naciente, poco definida personalidad y en el que son muy vulnerables a las múltiples y cambiantes influencias socio ambientales. En cualquier caso sus intereses y estimaciones son punto de partida seguro y un campo fértil para una acción educativa comprometida con auténticos valores, compartidos por las generaciones jóvenes y las mayores.

Pero junto a un panorama globalmente positivo, nos encontramos, siquiera sea en proporción minoritaria, con quienes están escasa o nulumamente integrados en la familia y la escuela, quizás más influenciados por un ambiente y unos medios de comunicación social donde prima el consumismo pasivo, la insolidaridad, el egoísmo, individual o grupal, rechazan el esfuerzo, el estudio, la generosidad y la cooperación.

La educación auténtica se dirige a todos y este grupo minoritario, marginado o automarginado es altamente preocupante, por reducido que sea, y demanda investigaciones profundizadoras que nos ayuden a determinar las causas de su marginación.

Necesitamos una teoría y una filosofía de la educación que nos permita entender a fondo la deficiente realización de estos individuos y unas técnicas de intervención educativa que compruebe la eficacia de nuestra acción y hasta qué punto contribuye a la configuración de su naciente personalidad.

En definitiva en la lucha entre el tener y el ser, entre lo material y las relaciones personales, entre la actitud egoísta o la participación generosa, con todos los matices que ofrece la encuesta, se detecta que los niños tienen unas preferencias va-

lorales que son *auténticos valores*, esos que queremos que configuren sus vidas, que procuramos inculcarles a través del sistema educativo y en familia. Comprobamos que son preferencias al alza y ofrecen un panorama valoral al que debemos servir exigentemente y evitar malbaratarlo y que se pierdan en los antivalores o valores inferiores

de una sociedad que siente que ha perdido su norte. Las propias preferencias de los niños y el compromiso educativo que es inevitablemente superador de cualquier constatación psicociológica de hecho, nos obligan a empeñarnos en un panorama de valores del que los más jóvenes parecen sentirse pioneros.